

siete años, el niño puede tener sensibilidad, mérito y virtud. Nosotros pensamos como ella.

»Así, pues, Pedro y Simona, en esta fiesta celebramos vuestra triple formación: inteligencia, voluntad y sensibilidad.

»Festejamos también el fin de la infancia de vuestra infancia; y este fin es un gran comienzo. Ahora, no os digo más; vamos a regocijarnos todos porque hay en el mundo dos nuevos seres capaces de comprender y querer, y que estos seres son nuestros.»

Esto es, Francisca, lo que pienso decir a tu sobrina y a tu hijo. Ellos lo entenderán tan bien como todos los asistentes, y de no entenderlo alguno, será precisamente el «embuchado científico», el pequeño de los Bertrand Tasqué, que sabe leer, escribir, que habla alemán, pero que, a pesar de sus siete años cumplidos, es un pobre cerebro obtuso.

CARTA DECIMOPRIMERA

Aprendizaje de lectura.—Pequeño perfeccionamiento, que permite aprender al mismo tiempo a leer y escribir.—La lectura y la pereza educativa. ¿Cómo deben leer los niños?—Buenos y malos libros para niños.—Los clásicos del pequeño francés.—Asimilación de las lecturas.—Pedrito, Simona y la moral del «señor Cuervo»

Pedrito y Simona están aprendiendo a leer. Aprenden con una facilidad y una rapidez que os maravilla a tu cuñada y a ti. No es solamente porque tienen el espíritu despejado, sino porque se les enseña bien y a su debido tiempo.

Como todas las ciencias, mi querida Francisca, la ciencia de los signos escritos, que representan las ideas—la lectura—puede ser enseñada bien o mal. La manera de enseñarla ha hecho importantes progresos desde que se tuvo la buena ocurrencia de calcar la lectura sobre el lenguaje.

Bien enseñados, Pedrito y Simona aprenden a leer muy deprisa, por una segunda razón, y es que, antes de aprender a leer, han aprendido a hablar. El «embuchado científico» sabe leer desde los cuatro años; según nos afirman su padre y su madre, y de seguro que éstos, inteligentes y pa-

rientes, no habrán tratado de ahorrarse trabajo. Días pasados hice la experiencia presentando al dicho «embuchado» un periódico para que leyera un hecho cualquiera, escrito en los términos más vulgares, puedes creerme. Pues bien, el chico no acertó con la mayor parte de las palabras, porque no las comprendía, y lo que leyó de corrido tengo la certeza de que tampoco lo comprendía. Para él la lectura es un ejercicio arbitrario, en el que, viendo signos, se profieren sonoridades. ¿Por qué? Primero, porque Enrique Tasqué no es un águila, convenido; pero, sobre todo, porque ha leído las palabras antes de conocerlas, y eso es absurdo.

Al mismo tiempo que a leer, al mismo tiempo exactamente, Pedro y Simona aprenden a escribir... Para mejor realizar esta simultaneidad, he hecho en ellos el ensayo de una modesta invención, que creeré mía hasta que sepa, como es probable, que otros veinte lo hicieron antes que yo. Mis pupilos aprenden a leer, exclusivamente, en caracteres manuscritos. Así, para conocer una misma letra no tienen que aprender más que dos signos—mayúscula y minúscula—, que ya es bastante; y cuando saben leerlos, casi en seguida saben escribirlos. Cuando sepan leer y escribir de corrido los caracteres manuscritos, será un juego enseñarles los impresos... Sólo que, claro está, este procedimiento, que evita trabajo al discípulo, aumenta el del maestro, obligado (hasta el día que el método sea admitido oficialmente entre las obras escolares) a escribir él mismo los primeros ejercicios de lectura.

Conclusión: Enseñar a leer y escribir por un procedimiento metódico a un niño de siete años, cuya facultad de atención ha sido cultivada y disciplinada, es asunto de pocas semanas.

Es, por lo tanto, necesario, mi querida sobrina, que nos preocupemos ya del uso que han de hacer Pedro y Simona de esta doble ciencia que les infundimos; sobe todo, de la ciencia de leer, porque la ciencia de la escritura no interviene hasta mucho más adelante, para modificar las jóvenes inteligencias. ¡Pero leer! El efecto del libro es inmediato, a veces fulminante, sobre ciertos espíritus infantiles. Yo mismo, recuerdo que cuando aprendí a leer, después de los ocho años, sufrí casi en seguida el hechizo de la lectura. De muy paseador que era, me hice casero por afición a la lectura. Hasta viajando con mis padres por lugares interesantes que habrían debido gustarme, me ocurría fingir dolores de cabeza para que me dejaran en casa. Y, una vez solo, corría en busca de los libros, como si se tratase de tarros de dulce... Por eso es por lo que guardo al libro cierta desconfianza. Yo fui de esos niños a quienes el libro les oculta la vida durante una época. El caso no es frecuente, me dirás. Puede no serlo a los siete años, pero ya es más probable algunos años después.

De manera que se presenta un triple problema:

¿Cómo hay que enseñar a leer a los niños?

¿Qué libros deben leer?

¿En qué medida deben leer?

En cuanto el niño sabe leer, el libro excita su curiosidad; y si es un niño leedor (lo que es frecuente), el libro se hace pronto a sus ojos más importante que el maestro. Así, pues, el libro puede perjudicar de dos maneras: devorando el tiempo que debe ser holganza, juegos o ejercicios físicos, o contribuyendo, con el educador, a la formación espiritual.

Es, por lo tanto, un ejemplo de la pereza educativa dejar al niño de siete a doce años que lea cuanto quiera y lo que quiera. Cuando Pedrito y Simona lean de corrido, no permitiré que lean, por de pronto más que una hora diaria; después iré aumentando la dosis, de trimestre en trimestre. Además, me tomaré el trabajo de ejercer una severa inspección de aduana con los libros que hayan de pasar la frontera de sus jóvenes inteligencias.

Y no solamente desde el punto de vista de la moral; eso, ni que decir tiene. Lo que yo quiero es que cada página leída contribuya realmente, eficazmente, al progreso general del pequeño lector. Añado que la contribución no es desdeñable, si la lectura ha divertido al niño, haciendo al mismo tiempo caminar su espíritu sobre frases de buen francés, que expresen ideas sensatas.

Por desgracia, gran número de libros franceses destinados a los niños, están escritos en una lengua incorrecta, o, por lo menos, pobre, y son, además, de una estupidez lastimosa.

Comprenderás, Francisca, que después de haberlos calificado así no voy a nombrarte los libros a que aludo. No hay por qué contristar a nadie. Vale más, seguramente, hacer una lista de los excepcionales. Los ingleses están muy orgullosos de sus «libros para niños»; hasta una persona mayor

se divierte con sus «Nursery tales», llenas de observaciones, de gracia y a veces de poesía, y está probado que los niños se encantan con ellas. Pero, si las «Nursery tales» hacen excelentes inglesitos, ¿se deduce de eso que sean convenientes para los chiquitines franceses? En absoluto. Y lo mismo que he excluido las lenguas extranjeras de la primera educación, quiero excluir todo lo que no sea francamente nacional.

En Francia contamos con escritores del pasado que escribieron especialmente para niños, como Berquin, Juan Nicolás Bouilly, madame de Genlis... Hoy están arrinconados, y no merecen ese desdén. Que se les haga un lugar en las lecturas infantiles. Tienen la ventaja de un arcaísmo relativo, que permite al educador útiles digresiones sobre la historia del país, y que amplía en un niño que «hable bien el francés moderno» los conocimientos de su idioma. Y es más natural enseñar a un francesito de siete años los giros franceses del siglo XVIII que no los giros ingleses.

Entre los modernos, hay que citar dos nombres de escritores cuyas obras fueron una verdadera adquisición para los niños franceses del siglo XIX: la condesa de Segur y Julio Verne. Una y otro, gracias a su forma correcta y a su sencillez, exenta de tontería, han merecido enriquecer el patrimonio intelectual de la niñez francesa. Un niño francés de doce años que no haya leído ni las «Memorias de un burro» ni «Veinte mil leguas bajo el mar», no habrá recibido toda la educación nacional; algo faltará en su cultura infantil. Precisamente por eso, porque uno y otro son muy típicos, muy nacionales (aunque madame de Segur era rusa), es necesario que los niños franceses conozcan sus obras, como los niños ingleses conocen

los cuentos de nursery «Humpty Dumpty» y «La casa que construyó Jack».

Hay también otro libro para niños, muy francés; más francés aún, que quiero citar aparte, porque no es, como los otros que he nombrado, una lectura esencialmente moral; éste es una obra maestra. Adivinaréis que se trata de los «Cuentos de Perrault». Agradan enormemente a los niños, y no les hacen ningún perjuicio moral si el educador se toma el trabajo de hacerles observar que esas historias son como soñadas, que no han ocurrido de verdad, y que el «Gato con botas» podía mentir impunemente, puesto que no existía... Todo niño que no es estúpido comprende esta distinción, y son «ideas de personas mayores» el ver en el «Gato con botas» una apología de la truhanería. Los cuentos de Perrault, bien administrados, son para los niños un provechoso alimento intelectual. El estilo es un poco arcaico y difícil, pero no importa, porque es excelente y contribuirá a ejercitar la inteligencia de los niños sobre lo que es más importante: el idioma propio... En fin, conservará en ellos ese magnífico don de imaginación que ciertos maestros combaten, porque ellos no lo poseen. Los niños tienen ojos de poeta, ha dicho (poco más o menos) Taine. Preservémosles el mayor tiempo posible esa poética visión. Los «ojos de niño», cuando no se han enturbiado, son los que hacen de los hombres grandes artistas, y también grandes héroes y temerarios: los Colón, los Braza, los Blieriot... He ahí por qué Perrault y Julio Verne son dos excelentes educadores de la imaginación infantil.

* * *

En fin, ¿cómo deben leer los niños?

«No se aprende nada mientras no se hace más que leer, ha dicho madame Roland; hay que extraer la propia sustancia de las cosas que se quieren conservar.»

En cuanto la lectura deja de ser para el niño un esfuerzo que le fatiga, hay que acostumbrar al niño a «extraer la propia sustancia de lo que ha leído».

Pedro y Simona leen ya pequeños relatos con bastante facilidad para poder sufrir después de la lectura un examen oral sobre lo que han leído, contarlo y presentar sus observaciones... Lo hacen a las mil maravillas; bien es verdad que hace dos años que se les está acostumbrando a practicar ese sistema de comentarios sobre los relatos orales que escuchan.

Ahora he estrechado un poco más mi interrogatorio, y exijo de ellos una verdadera concentración mental; pero el fondo del problema no ha variado.

—¿Qué parte te ha gustado más en eso que has leído?

Que a veces me respondan con una tontería, hay que descartarlo. Pero tú misma, Francisca, has comprobado que con frecuencia dan en lo justo, o nos asombran con una apreciación ingeniosa e imprevista. Ante todo, prohíbo la vaguedad tanto como la prolijidad. Más adelante, cuando sepan escribir bien, exigiré que me resuman en tres líneas el sentido de una lectura. (No hay ni un lector, entre diez, que sea capaz de hacerlo si no ha sido acostumbrado desde la infancia).

El otro día di a leer a mis discípulos esa fábula del «Cuervo y el zorro», cuya pretendida inmoralidad excita en el «Emilio»—un poco puerilmente

te—el verbo de Juan Jacobo... (La Fontaine es, sin discusión, del número de autores que deben formar las inteligencias francesas; pero está probado que no agrada gran cosa a los niños.) Terminada la lectura, pregunté a Pedro:

—¿Qué piensas tú de esa historia?

Tu hijo respondió con mucha sencillez y no poco buen sentido:

—Que no se debe tener afición a las alabanzas.

Diciendo esto miraba de reojo a su prima, a la cual, precisamente, parece que le agrada que la celebren, y que se pavonea, satisfecha, cuando oye murmurar a su paso: «¡Qué niña más bonita!», o «¡Qué pelo rubio más precioso!»

—¿Y tú, Simona?—pregunté.

Hizo un mohín; le desagradaba pronunciar su propia condena. Y, con sus grandes ojos de muñeca fijos en mí, replicó, perfectamente consciente de la «malicia» que contenía su respuesta:

—Esta fábula demuestra que hay que oír las alabanzas haciendo como que no se oyen.

He puesto la misma buena nota a los dos. Juan Jacobo me habría censurado. Pero yo prefiero que los niños franceses no carezcan de ingenio.

CARTA DECIMOSEGUNDA

Una consulta.—Las dos mujeres y los dos hijos del doctor.—Deberes de una pareja de educadores sistemáticos.—Enrique se aburre.—El remedio del colegio.—Examinemos a sangre fría el problema del internado.—Utilidad de la vida y educación en conjunto.

Días pasados recibí, querida sobrina, unas líneas del doctor Bertrand Tasqué. En la forma un poco ceremoniosa que le es habitual, y pidiendo un sin fin de excusas, me rogaba «le fijase día y hora para una entrevista en mi casa, o mejor en la suya, si no me era molesto».

Por eso ayer, a eso de las cinco y media, me encontraron Pedrito y su institutriz en la escalera de vuestra casa.

Un poco intrigado, fui introducido en el despacho del doctor, donde su mujer y él me esperaban con visible impaciencia.

«—¡Querido amigo!—me dijo el doctor—; tanto usted como yo tenemos el tiempo muy escaso, de modo que voy a ir directamente al asunto, a pesar de la aparente digresión de mi exordio.

»Usted sabe que yo me casé dos veces. Mi primera mujer fué una simple enfermera, muy hermosa, muy joven y perfectamente virtuosa, pero